

SUSCRIPCIÓN

Un mes, 0'50—Trimes-
tre, 1'50. — Anuncios y
Reclamos a precios con-
vencionales. — Redac-
ción, Administración y
correspondencia: Circu-
lo Reformista, Canale-
jas 57, bajo. — No se de-
vuelven los originales:

LA LLUVIA

SEMANARIO REFORMISTA

LA EDAD HERÓICA

En tres admirables conferencias, reunidas recientemente en un volumen por la «Residencia de Estudiantes» ha hecho un pensador de altísimos vuelos, un gran estudioso de voluntad pensante y cerebro cordial, D. Luis de Zulueta, un nuevo proceso de nuestra desdichada Enseñanza, y un ardiente, alentador y entusiástico elogio de la juventud. En este libro, verdaderamente manual de autoeducación, se llama a la juventud la *edad heróica*; jamás denominación ni calificativo alguno fueron tan exactos. Si, la juventud, tan ensalzada por los poetas, como edad de goces inefables y de delicias insustituibles, es en España la edad heróica, pero no en el sentido que debiera serlo y que para ella reclama Zulueta, sino en el de la lucha constante, ineficaz, el sacrificio estéril, el esfuerzo sobrehumano sin recompensa. Y lo es por falta de planes de Enseñanza, de sabias orientaciones educadoras y, sobre todo, por falta de maestros verdaderos que, como Platón saben educir de las energías dormidas la clarividencia activa y espontánea, despertar la personalidad y abrir los horizontes luminosos del pensamiento y de la conducta a las conciencias en formación.

Todo entendimiento sereno y enamorado de los ideales excelsos leerá el libro de don Luis de Zulueta con apasionado deleite, este libro en que se pretende no combatir los males morales directamente, como si fuera preciso suprimir, sino indirectamente, suscitando impulsos mejores, «ahogando el mal en la abundancia del bien». Los vicios—dice, no se aniquilan, se superan. Para la juventud no es preciso freno, sino superiores estímulos; no se la debe decir jamás: «No hagas esto», sino «Haz esto otro», demostrándola previamente y haciéndola sentir que, con todo su bullicio, con todas sus algaradas estudiantiles, vive, en general, una vida pobre, oscura, sin emociones intensas, ajena a los grandes anhelos del mundo. «Estudiantes hay en cuyo horizonte mental apenas encontraríamos otra cosa que la sórdida casa de huéspedes, el café o el billar, con el ambiente lleno de humo de tabaco y de chistes

repetidos; la clase a que se asiste (cuando se asiste) rutinariamente, para no perder el curso. Y luego, tal cual retazo de literatura ramplona, el periódico grosero o algún harapo de música chabacana, el cuplé del día, que durará todo el año, repitiéndose centenares, miles de veces, hasta la idiotez. ¿Qué más? Acaso la silueta de una muchacha cualquiera, la vecina, aventura de tarjeta postal, para que no falte la caricatura de un amor en esta caricatura de una vida. ¡Y eso en la edad de la vida verdadera y del verdadero amor!»

* *

Descripción tan pesimista horroriza y esa descripción es verdadera. La inteligencia, el sentimiento, la voluntad de la mayor parte de los jóvenes se atrofia, se aniquila por una desviación absurda, de la cual no son, ciertamente, culpables. Son la educación falsa, la enseñanza memorista y fría, la falta de ambiente pedagógico, las que malogran el esfuerzo de generaciones enteras, preparándolas así para desempeñar en la sociedad las funciones más árdidas, incluso la gobernación de los pueblos. Para ello se les educa en la vanidad, en el egoísmo, en la pequeñez, y una mano idolatrada escribe en su escudo: *¡Va quibus eumque vis!* «¡Ah!—clamaba el inmortal Giner.—No es este, en verdad, el siglo de la madre de los Macabeos!»

Son muchos ya los hombres de entendimiento y de corazón que, como D. Luis de Zulueta, ven claro en el problema de la educación de la juventud, de lo que Lacour denominaría *humanismo integral*. De ello es muestra brillantísima la misma «Residencia de Estudiantes.» ¡Qué consuelo para los ocho o diez románticos que durante tres o cuatro décadas hemos venido predicando en desierto, para echar la semilla en España de ideas que, en otras naciones, eran ya florecientes y fecundas! Ejemplos de la indiferencia general los hay abrumadores. ¿Quién se acuerda de los «Jardines de la Infancia», en los cuales mejoró y completó el pensamiento Froebeliano, un mártir de la Enseñanza, que, en otra nación cualquiera, hubiera merecido de sus contemporáneos los más altos y rendidos honores, D. Eugenio Bartolomé de Mingo? Dentro de pocos años hará medio siglo que el Gobierno accedió a hacer un ensayo de esta enseñanza humana y enaltecedora, y allí, en

